

PARA UNA CRITICA DE LOS FUNDAMENTOS DEL CHOMSKYSMO

Por Antonio Regales
UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

En el breve espacio de que disponemos no cabe hacer un tratamiento tan deliberativo como conviene al importante tema que nos ocupa: nada menos que la crítica de las ideas dominantes en la lingüística actual, crítica que no es hacedera sin otra a las fuerzas materiales dominantes en el conjunto de la sociedad, pues, como dice el propio Marx, «las ideas de la clase dominante son en cada época las ideas dominantes; es decir: la clase que es la fuerza *material* dominante de la sociedad, es al propio tiempo su fuerza *espiritual* dominante¹». ¿Qué tipo de *discurso* voy a hacer, entonces, aquí? «Tres son los elementos», escribe El Filósofo en su *Retórica*, «que entran en todo discurso: el que habla, el tema sobre el que habla y el oyente a quien se habla. Y el fin es el oyente. Ahora bien, por necesidad, el oyente es espectador, o juez, y juez de lo pasado o de lo porvenir. El miembro de una asamblea juzga de lo porvenir; el juez, en un tribunal, juzga de lo pasado, y el puro espectador juzga del talento del orador. Luego, por necesidad, hay tres géneros de discursos retórico: el deliberativo – *Γυμνοβουλευτικὸς* –, el judicial – *δικαστικὸς* –, y el epidíctico – *ἐπιδεικτικὸς*²». Como carezco de una lengua como la del Santo de mi mayor devoción, Antonio de Padua, la cual, al decir de graves varones, fue hallada «fresca y rubicunda» treinta y dos años después de la muerte, usaré de un género híbrido. Mi estrategia, con todo, va encaminada fundamentalmente a llevar al adversario a la discusión; por ello, utilizo la llamada «cortesía dialéctica», es decir, acepto el terreno del adversario, pero reservo mi mejor artillería para la discusión.

El presente trabajo presupone otro titulado «¿Existe una Lingüística Materialista?», que fue defendido en el IX Simposio de la Sociedad Española de Lingüística³. En aquella comunicación me planteaba con más detalle lo que ha sido y lo que, a mi juicio, debería ser la Lingüística Materialista, al tiempo que esbozaba una crítica de la Lingüística Idealista. Aquí presupongo ampliamente ese marco y me centro en Noam Chomsky.

El coronel P. Gaines explica así por qué la Gramática Transformativa (GT) es financiada tan generosamente por la Fuerza Aérea de los EE.UU.: «La Fuerza Aérea mantiene una enorme y continua inversión en los sistemas de computaciones denominados 'dirección y control'. Tales sistemas contienen información acerca del *status* de nuestras fuerzas, y los usamos al planificar y ejecutar operaciones militares. Por ejemplo, la defensa de los Estados Unidos contra un ataque aéreo y de misiles es posi-

¹ Karl Marx/Friedrich Engels, *Werke*, vol. 3, Berlín, 1969, p. 46.

² *Retórica*, 1358 b. Cit. según G. Bueno, *El papel de la Filosofía en el conjunto del saber*, Oviedo, 1970, p. 24.

³ Valladolid, 13-15 de diciembre de 1979.

ble en parte a causa del uso de tales sistemas de computación. Y, desde luego, tales sistemas ayudan a nuestras fuerzas en el Vietnam (. . .) Para mostrar nuestra satisfacción con el trabajo de la UCLA, usted notará que los informes técnicos preparados por la UCLA contienen la declaración 'este informe ha sido revisado y está aprobado'. Esta declaración en sí, expresa nuestra satisfacción con el trabajo de la UCLA ⁴». En términos similares se expresa el Director Ejecutivo del todopoderoso ACLS: «La tercera guerra mundial ha empezado y no hay seguridad de que se haya ganado ya. A pesar de que esta guerra es una guerra del espíritu de los hombres, no existe una Plana Conjunta de Oficiales que planifique tal guerra, ni una autoridad de producción bélica que se encargue del material para tal guerra (. . .) En esta guerra del espíritu de los hombres, los grandes fusiles de nuestro armamento son, obviamente, la capacidad en lenguas y en lingüística ⁵». No es necesario añadir más declaraciones explícitas sobre la función —no sólo *ideológica*, en el sentido marxiano, sino incluso bélica— de la Lingüística de Chomsky y de otros espíritus afines. Lo curioso, como señala Ponzio ⁶, es que Chomsky declare que la función principal del intelectual es preguntarse en base a qué ideología realiza su trabajo profesional y para qué sociedad; pero que, al mismo tiempo, nos oculte la ideología y el modelo de sociedad que subyacen a su propia concepción lingüística, a los cuales, al parecer, tan bien sirve. Por «cortesía dialéctica» entramos, así pues, a cumplir con lo que el siempre virtuoso Chomsky nos invita: entramos, v. gr., hasta el diligente sello de caucho con la leyenda «este informe ha sido revisado y está aprobado» o hasta el que consagra la denominada «socialización lingüística», ídolos ante los cuales, que se sepa, no ha levantado su palabra ningún lingüista norteamericano.

La concepción materialista de la ciencia —por ejemplo, de la Lingüística — se diferencia de la concepción idealista, en primer lugar, por la cosmovisión, por la teoría y por los trabajos empíricos, y, en segundo lugar, por el propio modelo de interrelación de esos factores. Dicho de otro modo, no se trata sólo de que la Ciencia materialista tenga como base el Materialismo histórico y dialéctico o que se ocupe de un campo de estudio *diferente*, pero no *disjunto*, del de la Ciencia idealista, o del mismo campo desde una perspectiva distinta; se trata asimismo de que el idealismo niega *jesuiticamente* la interrelación de aquellos factores (con el primado de la *Weltanschauung*), bajo la capa de una ciencia neopositivista, supuestamente «objetiva» y «apolítica» —es decir, políticamente conservadora—. La ideología tecnocrática reproduce el viejo argumento de la *pax augustea*: el sabio ha de retirarse al campo, no mezclarse en la mezquina política de la urbe; es decir, mediante el contacto con la naturaleza y el silencio ha de glorificar la política reaccionaria de Augusto. El laurel —más poético que el caucho— será su premio.

Una crítica de los fundamentos del chomskysmo implica, por tanto, no sólo una crítica de su cosmovisión, de su teoría del conocimiento, de su metodología, de sus modelos, etc., sino también una crítica de la *sustantificación* de esos dominios particulares, transformados en compartimentos estancos, sin capilaridad ni realimentación entre ellos.

⁴ Cit. en Fr. J. Newmeyer/J. Emonds, «El lingüista en la Sociedad americana», en A. Manteca (ed.), *Lingüística y Sociedad*, Madrid, 1976, pp. 13-44, 19 s. A este excelente libro de A. Manteca me remito para un tratamiento *in extenso* de algunas de las cuestiones que suscito.

⁵ *Ibid.*, p. 15.

⁶ A. Ponzio, «Gramática transformacional e ideología política», en A. Manteca (ed.), *op. cit.*, pp. 85-180, 148.

⁷ He tratado más ampliamente de estas cuestiones, v. gr., en la ponencia citada en la n. 3, o, para ceñirme a la nacionalidad que acoge al III Congreso de la AEDEAN, en «Filología idealista e Filología materialista», en *Nova Galiza*, 2, 1978, pp. 43-51.

Respecto a la valoración filosófica, sociopolítica o lingüística de Chomsky reina la mayor disparidad. Muchos de sus seguidores le adoran como a un nuevo Mesías; otros –a menudo sin haberle entendido– le niegan el pan y la sal; hay quien le defien- de como lingüista, pero no como historiador o como caudillo; o como matemático, pero no como lingüista... y así hasta el infinito. Tan encontradas pasiones no pueden explicarse sólo por la ambigüedad característica de Chomsky, quien, con rara lógica, considera la falta de explicitud como el mayor pecado de las concepciones rivales; en el fondo, lo que está en juego no son tanto «cuestiones técnicas», cuanto principios ideológicos, filosóficos y aun «religiosos».

Desde la ladera del Materialismo, se ha propendido a ver a un Chomsky políticamente reaccionario y lingüísticamente revolucionario, aunque el espectro de las valoraciones es tan amplio como en el Idealismo. Por mi parte, defenderé la tesis de que las ideas históricas, sociopolíticas o lingüísticas de Chomsky poseen el mismo sustrato ideológico y filosófico y el mismo signo político.

Chomsky tiene una idea *paleológica* de la «naturaleza humana». Aunque su acólito Bach compara la «revolución chomskyana» con la de Copérnico y la de Kant⁸, el reloj filosófico de Chomsky se ha parado antes del primer capitalismo. Tomemos este pasaje central suyo: cuando se le pregunta si los conceptos de «libertad», «espontaneidad», «creatividad», etc. que utiliza en Lingüística tienen alguna relación con sus ideas políticas, contesta: «De todo un poco. Es casual puesto que la dirección a la que tienden esos conceptos en el estudio del lenguaje y la tesis de que parten son adecuados o inadecuados, verdaderos o falsos, por causas totalmente ajenas a la política (. . .) Sin embargo, yo sigo viendo en ello una cierta conexión (. . .) Creo que las ideas políticas de cada cual, o sus ideas sobre la organización social, deben basarse en última instancia en algún concepto acerca de la naturaleza humana y de las necesidades humanas. Ahora bien, mi impresión personal es que la capacidad humana fundamental es la capacidad y la necesidad de autoexpresión creadora, la necesidad del libre control de la propia vida y del pensamiento en todos sus aspectos. Una proyección particularmente importante de esa facultad es la utilización creadora del lenguaje en cuanto libre instrumento de pensamiento y expresión. Pues bien, al tener esta idea acerca de la naturaleza y de las necesidades humanas, uno se siente inclinado a pensar sobre las formas de organización social que permitan el desarrollo más libre y completo del individuo (. . .), que le permitan ser enteramente humano para que cuente con las más amplias posibilidades de libertad y acción. Discurriendo por este camino se puede llegar realmente a constituir una ciencia social en la que determinado concepto de organización social se halle vinculado a un concepto sobre la naturaleza humana, que esté debidamente cimentado empíricamente y que de alguna manera incluso lleve a juicios de valor sobre la forma de sociedad a adoptar, cómo debería cambiar, y cómo habría de ser reconstruida⁹». La cita es larga, pero una *perla* tan valiosa, que merece la pena incluso adornarla con esta conclusión (si cabe, más de nuestro contento): «Me gustaría suponer en el terreno de lo real, y sobre la base de la esperanza en la especie humana, que existan estructuras mentales innatas. Si no las hay, si los humanos son organismos puramente plásticos e informes, entonces son los objetos ideales para el moldeamiento de la conducta. Si los humanos sólo llegan a ser lo que son mediante cambios incontrolados, ¿por qué no controlar entonces ese azar

⁸ E. Bach, «Lingüística estructural y filosofía de las ciencias», en *Diógenes*, 51, 1965, p. 120.

⁹ N. Chomsky, *Sobre política y lingüística*, Barcelona, 1971, p. 271.

a través de la autoridad estatal, o del tecnólogo *behaviourista*, o por cualquier otro medio ¹⁰»

La estrategia básica de Chomsky –como la de la burguesía en su conjunto– consiste en hipostasiar los componentes sociohistóricos como si fueran tan «intemporales» y «universales» como la burguesía misma y como si derivasen necesariamente de la naturaleza, y no de la historia, y hasta de hipótesis sin verificar o falsas. En tal procedimiento mistificador las clases sociales quedan desdibujadas en beneficio de unas «masas creadoras» interclasistas; dicho de otro modo: las virtualidades emancipadoras de la clase dominada quedan asépticamente neutralizadas. El anarquismo verbal de Chomsky es un elemento estabilizador del sistema capitalista avanzado. Como se ha demostrado en repetidas ocasiones, las ideas sociopolíticas de Chomsky tienen un notable parecido con la ideología de la burguesía agraria de los EE.UU. ¹¹. Para un europeo resulta casi impensable tomar a alguien por «profundo pensador» si desconoce por completo la obra de Kant, Hegel o Marx. Tal es el caso de nuestro lingüista más eminente de que tenemos memoria, el cual, no sólo no ha pasado del siglo XVIII, sino que lo falsea con el mayor donaire, como falsea a los cartesianos o a Humboldt. La vaguedad de los conceptos que usa Chomsky es, a todas luces, injustificable. «La libertad», «la creatividad», «la amistad», «la gente», «los pobres», «el orden», «el bienestar», «la autoridad», «la naturaleza humana» o «el anarquismo libertario» son, aunque parezca una broma, los sillares, inexplicados, de su concepción sociopolítica. Incluso los componentes ilustrados y liberales que confluyen en la Declaración de Independencia de los EE.UU. han sido comparados casi línea a línea con los de Chomsky. La ramplonería difícilmente puede alcanzar más altas cimas. Paine, v. gr., había *predicado* ya en contra de la guerra y de la injusticia, y a favor de la ilustración de las masas populares y del control popular del Estado. Y Jefferson había insistido también en esas categorías morales, muy teñidas de puritanismo y muy características de los EE.UU.; unas categorías que, como el altruismo, el respeto a la libre iniciativa del individuo o la concepción federal del Estado, vemos reaparecer disfrazadas de «anarquismo» –para nuestra sorpresa y regocijo– en Noam Chomsky. La Nueva Izquierda norteamericana pretende «humanizar» el capitalismo con una vuelta a las raíces de la «democracia de los grandes propietarios agrarios» y al moralismo «eterno», «inherente a la naturaleza humana», con un retroceso a una ideología que, frente al socialismo, pretende construir un nuevo capitalismo, pero sin trastocar los modos y relaciones de producción. En este sentido genético, la prédica moralista de Noam Chomsky y la del agricultor Jimmy Carter se me parecen como un huevo a otro. Si puede decirse, sin pasión, que los conceptos de «naturaleza humana» o «necesidades humanas» quedan vagos en Marx, en Chomsky puede añadirse que, por si fuera poco, están condensados en fórmulas idealistas y son «explicados» mediante conceptos no menos oscuros: «la capacidad y la necesidad de autoexpresión creadora, la necesidad del libre control de la propia vida y del pensamiento en todos sus aspectos», etc ¹². Tanto aquí como en lo que sigue, y en el resto de la obra de Chomsky, se refleja su *ahistoricismo* y *antipartidismo*, su canto de sirena a la libertad «primigenia» –metafísica– del individuo, a un modelo de sociedad, mezcla de precapitalismo y postcapitalismo, en el que los «yoes», como las mónadas de Leibniz, viven con la ma-

¹⁰ N. Chomsky, *op. cit.*, p. 29.

¹¹ Vid. A. Ponzio, *op. cit.*, y la bibliografía (Rossi-Landi, etc.) en que se basa. La comparación con Paine y Jefferson está en p. 174 ss.

¹² Cf. *supra* y referencia en n. 9.

xima libertad posible, en el mejor de los mundos posibles, con el máximo de racionalidad, y, por tanto, sin ventanas, entregados a su propio autocontrol y destino, en un marco suprahistórico, creado por un Dios que resulta superfluo en tal modelo cibernético, a no ser que se le entienda como generador eterno de energía para el funcionamiento del sistema. Dicho de otro modo, la libertad que Chomsky postula es la libertad del yo ilustrado que acepta libremente las reglas de la sociedad libre de mercado. La libertad, lingüística o no lingüística, está «gobernada por reglas». Desde luego, para Chomsky esas reglas vienen del cielo; es decir: «están en la naturaleza humana». El Idealismo nos libera por la gracia de Dios o por la de la Naturaleza, y no por el trabajo del hombre constituido socialmente, por la lucha contra la Naturaleza y la consiguiente asimilación; nos hace libres con una ideología ahistórica del yo y las masas ilustrados, y no mediante la lucha histórica de los desposeídos, organizados en partidos y sindicatos, en contra de los poseedores de los medios de producción. La mitología chomskyana del espontaneísmo, de la fraternidad, de la creatividad, de la libertad, de la lucha contra la «dictadura del Estado», o contra la corrupción de la sociedad capitalista, etc. tienen el mismo trasfondo ideológico: la defensa de la sociedad de mercado y la lucha contra el Materialismo. Con este fin, Chomsky no duda en convertirse en *militante* abierto cuando el título de «intelectual» y «experto» resulta insuficiente. Tal sucede, v. gr., a la hora de criticar a los países socialistas y a las organizaciones obreras. Incluso el «argumento» histórico más torpe –pongamos por caso, la función de las «masas populares» en la Revolución china¹³– sirve cuando se trata de desarmar política e ideológicamente. Me viene a la memoria una frase del colaborador de Calvino Th. de Bèze: *Licitum esse fucis fraudibusque ac mendacis Fidem tueri* («lícito es velar por la Fe con afeites, mentiras y engaños»). Chomsky, como sabemos, no habla nunca de lucha de clases, de modos y relaciones de producción, de acumulación de la plusvalía...; si ocasionalmente dice tener coincidencias con algún pensador marxista, es sólo a condición de privarle de su marxismo, apuntalando así con la letra muerta del enemigo la credibilidad en la ideología propia. Si, por ejemplo, «coincide» con Rosa Luxemburg en la crítica a la dirección «elitista» del Partido, es porque *programáticamente* hay que estar en contra de las «élites», y *de hecho* hay que operar con la *realidad* de que las «élites» que «preside» Chomsky son las que tienen las ideas de recambio («empíricamente fundamentadas», «radicadas en la naturaleza humana») para nuestra decadente sociedad. Para no seguir, la alternativa que plantea Chomsky entre la existencia de estructuras mentales innatas o, de lo contrario, la necesidad del control social, es asimismo incierta. El Materialismo mecanicista y el Idealismo se vuelven a dar la mano. Frente a ellos, el Materialismo histórico-dialéctico enseña que la lengua es un producto del trabajo (lingüístico y no lingüístico); que la realidad exterior es objetiva, independiente del hombre y anterior a él, aunque transformable y transformada por la praxis social; y que esta praxis, frente a lo que desearía Chomsky, no está sometida a reglas externas o innatas; el Materialismo no puede aceptar el abandono del individuo a las normas ajenas a él de una sociedad concreta, que se mitifica como eterna y aun como inherente a la naturaleza humana.

Por si fuera poco, Chomsky reproduce la ideología del maquinismo más ingenuo –del ferrocarril que lleva la riqueza al Oeste o de la máquina de hacer dinero de Mefistófeles, que, conforme a las leyes de Goethe y de Marx producirá con el oro la mi-

¹³ Para esta cuestión y la de R. Luxemburg, a que aludo seguidamente, cf. el artículo citado de A. Ponzio, así como sus referencias bibliográficas.

sería-: en el Mundo Feliz que nuestro lingüista nos propone, la máquina es un factor esencial de la liberación del hombre. Pero aquí cabría preguntarse, pongamos por caso, en qué medida el proyecto Apolo o la producción de maquinaria bélica ha beneficiado al Vietnam y al resto de la Humanidad, o, dicho más en general, en qué medida la ciencia organizada al modo neopositivista y puesta al servicio de la ideología tecnocrática es liberadora o una estructura de poder y coerción ¹⁴.

Los chomskystas consideran la Teoría de la Ciencia de K. Popper como la racionalización de su propio trabajo lingüístico «espontáneo». Como falsacionistas, caen dentro del neopositivismo, una concepción ecléctica, más o menos mecanicista, idealista-subjetivista y agnóstica, que cumple, entre otras, la función de aislar el objeto de estudio de sus determinaciones lógicas, sociales e históricas, y, por tanto, de mitificar el capitalismo, ocultando las contradicciones entre las clases sociales, entre los países desarrollados y subdesarrollados, entre la ciencia y la moral, entre la teoría y la práctica, etc. Se puede defender incluso que Chomsky, con su vuelta a la *res cogitans* de Descartes o a la *characteristica universalis* de Leibniz, se ha elevado a una esfera de la Metafísica más alta que el Tercer Mundo de Popper.

Lugar común es decir que Chomsky no sabe Filosofía. Coseriu, por ejemplo, considera que la trivialización tan primitiva que hace la GT del carácter creador del lenguaje «sólo se puede explicar por las deficiencias de formación filosófica de Chomsky y sus partidarios ¹⁵». Lo más grave, sin embargo, no es que siga prisionero de Descartes, Leibniz, Cassirer, Husserl o Popper; es que no los ha asimilado. Lo mismo le ocurre con otros campos del saber. Así, se ha ocupado bastante de temas históricos, pero es un paradigma de pensador ahistórico: la Historia de la Lengua, que para Marx era la columna vertebral de la Lingüística, no le interesa en absoluto; las estructuras son vistas como algo aislado de su génesis y de sus implicaciones; la «historia anarquista», como vemos en sus trabajos sobre la Guerra Civil española o la Guerra del Vietnam, no significan aportación alguna más allá de las concepciones idealistas. A la hora de juzgar el chomskismo no hay que olvidar la peculiar formación *humanística* de Chomsky: ni sabe ni quiere saber Filosofía (y, en concreto, Marxismo, Teoría de la Ciencia o Lógica Dialéctica), Sociología, Historia, Biología, Filología –en el sentido tradicional–, lenguas clásicas y modernas, Geografía Lingüística, Psicolingüística, Sociolingüística, Comunicación Animal... Para colmo, es notable su desconocimiento de la propia Historia de la Lingüística. Mounin, que no la conoce mucho mejor y que la acomoda a su fin último, sentarse en la Sorbona junto a Martinet, ha escrito sobre Chomsky: «Confundiendo casi siempre la tradición lingüística americana, más bien angosta, que le ha formado con ciertas anteojeras, y la lingüística internacional, que no conoce, parece convencido de que los estructuralistas que le han precedido se han limitado, en el descubrimiento de los universales lingüísticos, a hechos demasiado simples¹⁶».

Ahora bien, ¿como se compagina el hecho de que las deficiencias del chomskismo sean tan notorias y sus fundamentos tan hipotéticos, y, por otra parte, el que los

¹⁴ Aquí tengo en la mente esas publicaciones del Círculo de Francfort tan poco conocidas –y tan sugerentes, aunque sólo fuera para distanciarse de ellas– en los medios lingüísticos de nuestro país o, incluso, de Gran Bretaña, los EE.UU., la URSS, etc.

¹⁵ E. Coseriu, *Einführung in die Transformationsgrammatik*, lecciones del semestre de verano de 1968, Tübingen, s.a., multicopiadas.

¹⁶ Traduzco de G. Mounin, *Storia della Linguistica del xx secolo*, Milano, 1974, p. 162, que es la única edición que tengo a mano.

países más desarrollados pusieran tan enormes medios financieros para su divulgación? La respuesta es la siguiente: que Chomsky significa para la tecnocracia de la era de Carter lo que Weisgerber para la de Hitler. Si algo que debería ser objeto de investigación sólo en unos pocos centros especializados se difunde hasta por la enseñanza media, es que, como explica U. Maas¹⁷, resulta rentable ideológicamente para un determinado modelo de sociedad. Y ello, al margen de la enorme importancia, que nadie niega, de la GT y de la Lingüística automática y formalizada en su conjunto.

La concepción popperiana de la Ciencia ha sido triturada suficientemente por la crítica como para que no tenga que extenderme mucho más aquí. Entre lo más llamativo, destacaría el que Chomsky, con buena lógica falsacionista, deje los métodos heurísticos fuera de la Lingüística, como un asunto de la Psicología de la investigación científica, una disciplina que aún no existe. La célebre oposición chomskysta entre *ciencia kepleriana* y *baconiana* es una falsificación histórica más y una distinción analítica que oscurece, más que ilumina, la discusión entre el Idealismo y el Materialismo. En otro sentido, Apel, que concede a la GT más de lo que es de ley, cifra la dificultad para encasillarla en el hecho de que «se intenta, por un lado, una *explicación* empírico-analítica de la competencia lingüística y de su adquisición a partir de condicionamientos inmutables de la naturaleza humana, pero, por otro lado, una *reconstrucción* de la competencia lingüística como una capacidad por principio autorreflexiva del sometimiento o no sometimiento a la regla y a la norma¹⁸». Los estructuralistas han contraatacado a la GT insistiendo en que no es una *teoría* en el sentido lógico-matemático, sino una «hipótesis general», que es menester falsar. Conceptos como los de «innatismo», «universales», «competencia», «creatividad» o «gramaticalidad» no tienen nada en común con el concepto matemático de «generar». El concepto de «explicación» sería «el verdadero punto negro de la teoría chomskyana¹⁹». Chomsky aproxima abusivamente «generar» y «explicar», porque incluso podría ser válido matemáticamente su modelo formal y ser falso su valor explicativo (psicolingüístico, psicogenético, etc.). También se le reprocha a Chomsky su vaguedad a la hora de especificar dónde funcionan las reglas de su sistema hipotético-deductivo, pues oscila a conveniencia entre considerarlas autónomas o dotarlas de una función explicativa (incluso biológica y psicogenética). Desde el Materialismo, tales críticas tienen mucho de verdadero, aunque más de verdadero tienen las de los chomskystas al estructuralismo. A fin de cuentas, y salvados los excesos sectarios de un Postal²⁰, por ejemplo, la GT es incomparablemente más rica que las estructuralistas, desde el punto de vista lógico-dialéctico y lingüístico, aunque ambas «escuelas» tengan presupuestos ideológicos similares y sirvan a unos mismos intereses.

Sea como fuere, la teoría chomskyana no puede ser considerada *explicativa*. En primer lugar, a la GT se le escapa entre sus groseros dedos la ideología del discurso lingüístico. La «competencia» y «actuación» chomskyanas presuponen un hablante-oyente alienado en una sociedad alienada. El «hablante-oyente ideal» de Chomsky es

¹⁷ Vid., al menos, U. Maas, «Sprechen und Handeln – Zum Stand der gegenwärtigen Sprachtheorie», en *Sprache im technischen Zeitalter*, 41, 1972, pp. 1-20; *Grundkurs Sprachwissenschaft – Teil I: Die herrschende Lehre*, München, 1973; v *Argumente für die Emanzipation von Sprachstudium und Sprachunterricht*, Frankfurt/M., 1974.

¹⁸ K. O. Apel, «Noam Chomskys Sprachtheorie und die Philosophie der Gegenwart», en *Neue Grammatiktheorien und ihre Anwendung auf das heutige Deutsch*, Jahrbuch 1971 des Instituts für deutsche Sprache, Düsseldorf, 1972, pp. 9-54, 47 s.

¹⁹ G. Mounin. *op. cit.*, p. 173.

²⁰ Pienso, v. gr., en P. M. Postal, *Constituent Structure: A Study of Contemporary Models of Syntactic Description*, The Hague, 1964.

el individuo que acepta los códigos que le son impuestos y construye «libremente» dentro de ellos, pero sin cuestionarlos, sin indagar sobre el hecho de que tales códigos no son eternos ni innatos, sino productos históricos de una sociedad determinada. El lenguaje «normal», esterilizado, que postula la GT es cosificado y cosificador. La GT no sólo pone entre paréntesis las «frases desviantes», aunque sean frecuentes en el habla cotidiana, sino todo el componente ideológico de ésta, con lo que deja aún más desvalido al hablante concreto ante la ideología dominante. Una lengua no es algo completamente exterior al hombre ni unas puras reglas de juego producto de su fantasía: es un producto del trabajo social. El chomskysmo presume de «liberal» y «progresista» por insistir en la libertad creativa del hablante; pero tal creatividad es, en sustancia, un asunto de las reglas, no del hablante al que se le imponen. Otro tanto sucede con el debatido tema de la «intuición lingüística». H. Andresen es muy escéptica respecto a la posibilidad de conseguir una verdadera teoría lingüística, por el recurso, al parecer obligado, a la intuición²¹. Kl. Brockhaus rechaza la crítica chomskiana a las gramáticas de estructura de frase porque se basa, entre otras cosas, en que estas gramáticas son incapaces de generar determinadas frases con ciertas estructuras subyacentes consideradas *intuitivamente correctas*. Tal restricción al margen de la sencillez, etc. definidas por la teoría se considera insostenible²². Apel, por el contrario, tiene a la lingüística transformativa por una «ciencia social o del espíritu comprensiva que, en lugar de la separación cientifista del sujeto y objeto de la ciencia, presupone una identificación dialéctica de ambas partes²³». La tesis de la intuición del hablante como instancia última para decidir sobre la adecuación descriptiva de la teoría lingüística es para Apel el criterio decisivo para excluir la Lingüística de las Ciencias de la Naturaleza. Por mucho que avanzasen los métodos, tal tesis se mantendría en pie. Esta interpretación de la GT desde los postulados del Círculo de Francfort me parece sugerente, pero «blanda» para llegar al fondo de la cuestión. La GT concede, efectivamente, un papel relevante a la intuición que el hablante tiene de su lengua; pero esa intuición es acrítica, es un resultado de la ideología diluida en la sociedad. Si la fuente emisora, el mensaje, el canal comunicativo y el propio medio rezuman la ideología dominante, la intuición del hablante no será una instancia última, prístina, inmaculada, *transcendental*, sino un reflejo distorsionado de la ideología social en su conjunto. Como dice el Padre Feijoo a propósito de las milagrerías, «cree el docto lo que finge el vulgo, y después el vulgo cree lo que el docto escribe». La GT, en vez de reforzar la intuición del hablante con una *competencia crítica*, le deja desvalido con el pretexto de respetar su «virginidad». Es como la mujer, que sólo es «femenina» en la medida que reproduce el *rol* de doblemente explotada que le asigna la ideología dominante. La similitud profunda entre la lingüística estructural y la transformativa, en este sentido, radica en que ambas consideran la lengua como algo abstracto y no se preguntan por el sentido profundo de la comunicación y de sus códigos en una sociedad determinada.

²¹ H. Andresen, *Der Erklärungsgehalt linguistischer Theorien – Methodologische Analysen zur Generativen Transformationsgrammatik und zur Syntaxtheorie H. J. Heringers als Beispiel einer Strukturalistischen Grammatik*, München, 1974.

²² Kl. Brockhaus, «Thesen zur generativen Grammatik», en D. Wunderlich (ed.), *Probleme und Fortschritte der Transformationsgrammatik*, Referate des 4. Linguistischen Kolloquiums Berlin 6. bis 10. Oktober 1969, München 1971, pp. 10-15.

²³ K. O. Apel, *op. cit.*, p. 50.

Me detendré ahora, aunque no tanto como desearía, en una crítica de otros componentes fundamentales de la lingüística transformativa, con especial atención a su contenido ideológico.

Empezaré por una crítica de más detalle a la «competencia lingüística», una crítica que presupone la idea general de que la Lingüística no es una Ciencia Natural ni un cálculo matemático –aunque deba servirse de ellos–, sino una Ciencia Social crítica.

Es sabido que los transformativistas, al igual que los gramáticos tradicionales, no han elaborado una teoría del uso lingüístico, dado que ésta, en su opinión, debería basarse en una buena teoría de la competencia lingüística. La diferencia entre la *langue* saussureana y la *competencia* transformativista sería que esta última tiene un carácter «dinámico», «creativo». Aunque por razones muy distintas, numerosos gramáticos consideran tan oscuro el concepto de «competencia», que prefieren prescindir de él. Lieb, por ejemplo, en un riguroso trabajo, niega la necesidad de sustituir el concepto de «sistema» por el de «competencia», y de considerar la gramática y el «mecanismo lingüístico» del hablante como isomorfos²⁴. El «hablante-oyente ideal» es criticado incluso desde posturas tan poco sospechosas como la de Y. Bar-Hillel, quien considera esas idealizaciones, en la Física y en la Lingüística, «igualmente desencaminadas y un residuo de un período en que la naturaleza en las entidades teóricas y reglas de interpretación no eran tan bien conocidas como hoy²⁵. A. Lehrer, al contrario que Lieb, considera que los criterios teóricos internos (simplicidad, etc.) son insuficientes; pero está en su misma línea al estimar que la distinción entre las reglas de la competencia y de la aplicación son oscuras y superfluas. No se sabe bien lo que es la competencia, ni, sobre todo, lo que cae fuera de ella. El «hablante-oyente ideal» no puede entender la ironía, muchos chistes, etc.²⁶. La GT del texto, aunque no ha colmado las esperanzas que algunos chomskystas habían puesto en ella, incide sobre las deficiencias de la GT de frases: Isenberg, pongamos por caso, alude a los anafóricos, la selección del artículo, el orden de palabras, la pronominalización, el acento de frase, la entonación, el énfasis, el nexa causal en oraciones yuxtapuestas, la asimilación al aplicar las reglas a frases de un texto, las restricciones contextuales –más allá del marco de la frase, de determinados morfemas y lexemas–, el complemento directo en albanés y español, las propiedades referenciales de los nombres, la *consecutio temporum*, etc.²⁷. Entre las corrientes que propugnan una ampliación de la «competencia» figura también la Pragmalingüística. Maas, G. H. Mead y tantos otros se interesan por la «dimensión actuativa» del lenguaje. D. Wunderlich resume así las cuestiones pragmáticas: «¿Cómo se instaura con ayuda de un enunciado lingüístico una relación con otras personas? ¿Cómo se mantienen relaciones ya existentes? ¿Cómo se puede influenciar la actuación y las opiniones de otras personas? ¿En qué medida se pueden entender los enunciados lingüísticos como clases específicas de acción? ¿Cuáles son las condiciones para que un acto lingüístico se produzca felizmente o, en determinadas circunstancias, no se produzca? ¿Qué consecuencias resultan de ello en cada caso para los miembros de la comunicación? ¿Cómo se hace refe-

²⁴ H. H. Lieb, *Sprachstudium und Sprachsystem – Umriss einer Sprachtheorie*, Stuttgart, etc., 1970.

²⁵ Y. Bar-Hillel, reseña de J. A. Fodor/J. J. Katz (eds.), *The Structure of Language: Readings in the Philosophy of Language*, en *Language*, 43, 1967, pp. 526-550, 529.

²⁶ A. Lehrer, «Evaluating grammars: what counts as data?», *Lingua*, 29, 1972, pp. 201-208.

²⁷ H. Isenberg, *Das direkte Objekt im Spanischen*, Berlin (Ost), 1968.

rencia en los enunciados al contexto situativo y actuativo existente y cómo a la realidad (mediada por la tradición, la educación y la experiencia) de la Naturaleza, la sociedad y los procesos del trabajo²⁸» La «competencia», en el sentido chomskyano, ha de ser completada con una «competencia comunicativa»; los componentes pragmáticos no pueden quedar remitidos a la *performance*. La historia de la Lógica analítica se reproduce en la de la GT. El intento que hace Wunderlich de corregir a Chomsky desde la Pragmalingüística es muy meritorio, pero queda demasiado cautivo del propio Chomsky. La idealización de la «situación lingüística idealizada» resulta demasiado próxima a la de Chomsky: «En el lugar de las frases (en el mejor de los casos, textos) de hablantes idealizados en la teoría sintáctico-semántica anterior, entran *enunciados* en situaciones lingüísticas idealizadas²⁹». Wunderlich, al contrario que McCawley o Ross, entiende los componentes pragmáticos de la competencia, no como un simple añadido al modelo de Chomsky, sino como expresión de una «metacompetencia». Habermas ha reinterpretado el planteamiento de Wunderlich, desde los actos lingüísticos de Searle, como una «teoría pragmática universal».

La Lingüística Materialista, pienso yo, debería integrar críticamente la competencia basada en la frase o en el texto, en una «competencia comunicativa» en la línea de Habermas, aunque haciendo más hincapié en los componentes psicolingüísticos y biológicos; y ambas competencias deben ampliarse y rectificarse con una teoría crítica de la ideología. Todo ello en el marco general del lenguaje como producto del trabajo, como realidad inmediata del pensamiento, etc.

Si la «competencia» y la «aplicación» chomskystas son problemáticas, no lo son menos la «estructura profunda» y la «superficial». Dicho con discreta economía, ya Chomsky confunde por completo el plano de la Lógica y el de la Gramática. Heringer, desde una posición gramatical e ideológica que no comparto, defiende que argumentaciones como que la frase es un enunciado o que tiene que constar de dos elementos «presuponen tácitamente que en la Lógica se tiene un metro absoluto por el que se pueden medir las lenguas naturales. Ahora bien, todo lenguaje lógico deriva de lenguas naturales, y con tales definiciones, por tanto, sólo nos moveríamos en círculo³⁰». Para Heringer y otros, la regla $S \rightarrow NP + VP$ es inadecuada porque puede no aplicarse a todas las lenguas y «porque no podemos decir lo que es una parte de una frase antes de saber lo que es una frase³¹». ¡Fuego! sería una frase y no una expresión elíptica: no se sabe qué elementos han sido elididos y se vuelve a aquel metro absoluto y al «menosprecio» de la lengua natural. En la misma dirección va, v. gr., la crítica al uso que los chomskystas hacen de la sinonimia. «Explicar» un predicado nominal en genitivo retrorayéndolo a la relación sujeto-predicado o complemento directo-predicado, sería «explicar» lo desconocido mediante lo desconocido. La GT parte —como los cálculos, pero sin serlo— de conceptos no analizados; y esto no se resuelve, como propone ingenuamente Ponzio³², con un «modelo operativo» como el de Shaumian, pues tal modelo sólo *difiere* el problema, no lo *resuelve*. Desde un planteamiento conservador, tiene razón Gauger al lamentar que la dicotomía «competencia»-«aplicación» no se haya proyectado sobre la sinonimia; lo que se ha hecho es, a lo sumo, dar fe de la existencia de sinónimos en la lengua, pero sin plantearse las consecuencias de ello ni desarrollar una teoría de los sinónimos también en la *parole*. En

²⁸ D. Wunderlich, «Referenzsemantik», en *Funk-Kolleg Sprache*, vol. 2, Frankfurt/M, p. 102.

²⁹ K. O. Apel, *op. cit.*, p. 45.

³⁰ H. J. Heringer, *Deutsche Syntax*, Berlin, 1970, p. 6 ss.

³¹ *Ibid.*

³² A. Ponzio, *artíc. cit.*, p. 140.

el mismo contexto debería ser tratada la objeción de Hockett y otros estructuralistas a la definición recursiva de frase: según ellos, una frase de un millón de palabras sería tan absurdo como un partido de fútbol con un millón de goles.

Todas esas críticas, e incontables otras que podríamos añadir, vienen a poner sobre el tapete, más o menos felizmente, la confusión entre el plano lógico y el lingüístico característica del chomskysmo³³. Según Chomsky, la estructura profunda de una frase sería común a todas las lenguas. En el célebre análisis de la frase *Le Dieu invisible a créé le monde visible* Chomsky se sirve de categorías lógicas para el análisis de la estructura profunda, y de categorías lingüísticas para el de la superficial. La frase de partida contiene tres *enunciados*, tres *juicios lógicos*. La supuesta *universalidad* de la estructura profunda es la *universalidad* de las leyes de la Lógica. Y otra vez hay que hacerse la eterna pregunta: ¿Por qué hipostasia Chomsky lo que es producto del trabajo hasta convertirlo en algo universal e innato? La razón es ideológica y no meramente académica. No es una casualidad que tome lo más reaccionario de la tradición (el caso más hiriente es quizá que tome lo más escolástico de Cordemoy, el empecinado enemigo de la burguesía en ascenso, más democratizadora) y que, por otro lado, falsee a los ideólogos de esa burguesía (Herder, Goethe, Humboldt) con unas pocas frases fuera de contexto. Para Chomsky *todo vale* –por usar la fórmula lúcidamente irracional de Feyerabend frente al irracionalismo neopositivista del que el propio Feyerabend no se ha liberado–, todo vale, a condición de que sirva para magnificar un determinado modelo de sociedad. No se trata de hacer *hermenéutica crítica* de la historia del pensamiento, sino de mitificar a la Nueva Izquierda mediante una mitificación de sus supuestas raíces. La «lectura» chomskyana de la historia de la Lingüística se parece más a la de Stalin que a la que Althousser hace de Marx; salvando las distancias, su común denominador es que están reñidas con la Historia. En los últimos años los transformativistas han vuelto a un planteamiento próximo al del análisis lógico de Russell, Carnap, etc.: las alforjas pseudolingüísticas de la estructura profunda eran excesivas para un viaje tan corto; hubiera sido mejor postular desde el principio una estructura profunda genuinamente lógica y no lingüística (en la línea de I. Bellert, por ejemplo).

Sería conveniente, aunque no indispensable, poner aquí en tela de juicio los conceptos de «gramaticalidad», «transformación», etc.³⁴. Sería conveniente ver cómo Chomsky hunde las naves que le conectaban con el estructuralismo norteamericano y, no logrando construir los *tests* en que confiaba, se queda en brazos de la *intuición* del hablante, con lo que reintroduce tácitamente el conductismo que se trataba de evitar; sería interesante tratar el tema de si el cambio de posición de los elementos oracionales mediante transformaciones conlleva necesariamente un cambio de significado; pero, en definitiva, esas cuestiones son un caso particular de los grandes pila-

³³ Aquí, como en otros lugares, confluye la crítica de los gramáticos tradicionales, estructuralistas, etc. y la de los materialistas. Desde esta última posición, vid. E. Albrecht, *Weltanschauung – Methodologie – Sprache*, Berlin (Ost), 1979, también para otros puntos relacionados con nuestra comunicación.

³⁴ En el *etcétera* deberían incluirse también, v. gr., cuestiones formales como las que se tratan en L. Schauwecker, «Kritische Betrachtungen zu Chomsky», en *Muttersprache*, 1972, pp.305-315, o cuestiones gramaticales *sensu stricto*, como el que Chomsky tenga unas ideas sumamente ingenuas de lo que es un adverbio, un nombre, un sustantivo, etc. (Incidentalmente, no falta tampoco aquí una cierta confluencia entre la lingüística tradicional, la estructuralista y la materialista. A. Rosetti, «Sur la grammaire générative», en *Linguistics*, 66, 1971, pp. 115-118, puede servir de ejemplo de una crítica conservadora a la GT que podemos admitir a veces en su «letra», pero no en su «espíritu»: podemos admitir que la estructura profunda de la GT es lógica –pero no comulgar con *Grammar and Logic*, The Hague, 1968, de V. Z. Panfilov–; y así sucesivamente.)

res que estamos criticando (cuando, por ejemplo, se critica la «competencia» chomskiana como lo venimos haciendo, resulta inadecuada *per se*, al margen de que la disparidad de las intuiciones de los informantes sea otro argumento de peso para añadir a la cuenta; y así sucesivamente). Es preferible, en consecuencia, centrarse en la «hipótesis innatista» y en la cuestión de los «universales lingüísticos».

La «hipótesis innatista», a pesar de los esfuerzos de Chomsky³⁵, Katz³⁶ y otros, ha sido *triturada* desde las disciplinas más diversas y del modo más controversiable. No es necesario repetir aquí los argumentos de P. Coyaus, B. Saint-Jacques, J. Piaget, Coseriu, etc. En el mejor de los casos, como dice Putnam, «invocar el 'innatismo' sólo pospone el problema del aprendizaje, no lo revuelve³⁷». Quizá haya sido Piaget quien más ha contribuido a una crítica materialista de estos *reduccionismos*³⁸. Probablemente sin pretenderlo, Piaget confluye con la Lingüística Materialista, y aun con Marx y Engels. Sirva esta larga cita como resumen del *quid* de la cuestión: «(. . .) es preciso distinguir en una estructura sus elementos, que se encuentran sometidos a tales transformaciones, y las leyes mismas que rigen a éstas; tales leyes pueden entonces ser concebidas con facilidad como inmutables, y aun en estructuralismos no estrictamente formales (en el sentido de las ciencias de la formalización) se encuentran excelentes espíritus poco inclinados a la psicogénesis para pasar de un solo salto, de la estabilidad de las reglas de transformación a su carácter innato. Tal es el caso, por ejemplo, de Noam Chomsky, a quien las gramáticas generadoras le parecen requerir la exigencia de las leyes sintácticas innatas, como si la estabilidad no pudiera explicarse por procesos imperativos de equilibración, y como si la remisión a la biología que supone la hipótesis de un carácter innato no planteara problemas de formación tan complejos como los de una psicogénesis. Pero la esperanza implícita de todos los estructuralismos antihistóricos consiste en sentar en definitiva las estructuras sobre fundamentos intemporales, tales como los de los sistemas lógico-matemáticos (y el innatismo de Chomsky va acompañado en ese sentido por una reducción de la sintaxis a una estructura mental de 'monoide'³⁹); la conclusión sería que «el carácter innato de la razón en Chomsky, o la permanencia del intelecto humano en Lévi-Strauss, sólo satisfacen al espíritu a condición de que se olvide la biología⁴⁰». Desde una posición muy distinta, L. Weisgerber comenta esta importante nota añadida por Chomsky a una de sus conferencias: «He venido discutiendo hasta aquí la adquisición del lenguaje sobre el supuesto, obviamente falso, de que es un proceso instantáneo. Hay muchas cuestiones interesantes que surgen cuando consideramos cómo el proceso se extiende en el tiempo⁴¹». Albrecht, no sin algún fundamento, asocia a Chomsky con aquel Dühring que Engels pasó a la «inmortalidad⁴²». Ambos cumplen, entre otras, la función de oscurecer las relaciones entre pensamiento y lenguaje.

³⁵ Baste con citar aquí sus célebres trabajos *Cartesian Linguistics: A Chapter in the History of Rationalist Thought*, New York, 1966; *Language and Mind*, Cambridge (Mass.), 1968; y «Recent Contribution to the Theory of Innate Ideas», en *Boston Studies in the Philosophy of Science*, vol. III, New York, 1968, pp. 81-107 (resumido en J. R. Searle [ed.], *The Philosophy of Language*, Oxford, 1971, pp. 121-129).

³⁶ Vid., cuando menos, J. J. Katz, *The Philosophy of Language*, New York, 1966.

³⁷ H. Putnam, «The 'Innateness Hypothesis' and Explanatory Models in Linguistics», en J. R. Searle (ed.), *op. cit.*, pp. 130-139, 139.

³⁸ Como mínimo, vid. su célebre libro *El estructuralismo*. Buenos Aires, 1968. edición por la que cito.

³⁹ J. Piaget, *op. cit.*, p. 15 s.

⁴⁰ J. Piaget, *op. cit.*, p. 121.

⁴¹ L. Weisgerber, «Noam Chomsky am Wendepunkt», en *Wirkendes Wort*, 2, 1971, pp. 106-112.

⁴² E. Albrecht, *op. cit.*, p. 59 ss.

Frente a la posición apriorística, especulativa y pseudológica de Chomsky o Düh-ring, el Materialismo debería propugnar una minuciosa investigación neurofisiológica, psicogenética, lógico-dialéctica y lingüística (no sólo en las lenguas mejor conocidas, sino en las otras; no sólo sincrónica, sino diacrónicamente; no sólo desde los principios del Idealismo, sino desde los del Materialismo). Chomsky, por el prurito de oponerse al antimentalismo de Bloomfield, cae en excesos de signo contrario. El que se mueva entre psicólogos tampoco justifica que haga de la Lingüística un capítulo de la Psicología. El problema para el lingüista, como para el niño que aprende la lengua, dice Chomsky, «es determinar a partir de los datos de la *performance* el sistema de reglas subyacente que ha sido interiorizado por el hablante-oyente y que éste utiliza en la *performance* real. Por tanto, en el sentido técnico, la teoría lingüística es mentalista, puesto que se ocupa del descubrimiento de una realidad mental subyacente a la conducta real ⁴³». Mas ante ello cabe preguntarse con Lieb: «¿Pero por qué el niño que aprende una lengua o, de modo análogo, el lingüista habrían de estar ante la tarea de determinar algo psíquico ⁴⁴?». El dogmatismo mentalista perjudica tanto como el antimentalista a la Psicología y a la propia GT. E. Ferreiro desearía tender un puente demasiado ancho entre Chomsky y Piaget: «por importantes que sean los desacuerdos, hay —como ha indicado H. Sinclair— muchos más puntos de acuerdo epistemológicos entre el estructuralismo transformacional de Chomsky y el estructuralismo genético de Piaget, que entre cualquiera de los dos y el conductismo ⁴⁵». La realidad es, por el contrario, que la intuición lingüística es un *modo de comportamiento* y que lo que se supone subyacente al análisis de la generación de las frases no es otra cosa —al menos que se nos demuestre lo contrario— que análisis de la conducta lingüística; la realidad es que el mentalismo y el antimentalismo derivan del conductismo y caen, en rigor, bajo su rúbrica: a lo que se oponen es al Materialismo (y a Piaget).

Lo dicho para la «hipótesis innatista» vale, *mutatis mutandis*, para los «universales lingüísticos». Por ello, añadiré sólo unas matizaciones. Ante todo, hay que preguntarse por qué una discusión *técnica* dentro de la Lingüística está moviendo tantas pasiones en la actualidad. Mi respuesta es que lo que mueve las pasiones no es tanto lo «académico» cuanto lo ideológico de que está impregnada históricamente la polémica en Filosofía, Teoría de la Ciencia o Lingüística. Lo que, una vez más, es *ideológico* es ocultar esa realidad *ideológica*. El materialista, a mi ver, debería tomar más partido por el realismo que por el nominalismo, cualesquiera que sean los componentes materialistas de este último ⁴⁶; aunque de lo que se trata es de *superar* dialécticamente ambas posiciones. Chomsky, como es de dominio público, defiende que existen Ideas innatas, que los condicionamientos generales del aprendizaje de la lengua también lo son y que las características universales del lenguaje son inmutables. Como carece de argumentos para oponerlos a las tesis del Materialismo, prefiere ignorarlo y refugiarse en un *racionalismo* mal entendido, que es una mezcla de *irracionalismo* de la «evidencia» (Husserl sólo puede ser aducido aquí con mucha cautela, dicho sea en su honor), voluntarismo, subjetivismo, pragmatismo, etc. La Lingüística Materialista no niega la existencia de universales lingüísticos ni su importancia para

⁴³ N. Chomsky, *Aspects of the Theory of Syntax*, Cambridge (Mass.), 1965.

⁴⁴ H. H. Lieb, *op. cit.*, p. 166.

⁴⁵ E. Ferreiro, *Les relations temporelles dans le Langage de l'enfant*, Paris, 1971, p. 8.

⁴⁶ «El Nominalismo se encuentra como elemento principal en los materialistas ingleses, del mismo modo que es la primera expresión en absoluto del Materialismo», puede leerse incluso en Marx/Engels, *op. cit.*, vol. 2, p. 135.

las lenguas; sólo niega que se puedan postular apriorísticamente, sin haberlos definido bien antes y sin haber empezado apenas esa ingente tarea descriptiva que nos aguarda. Hay que empezar por deslindar lo que es un universal lingüístico de lo que es un universal lógico, psíquico, etc. y de lo que, aun siendo lingüístico y frecuente, es un puro producto del azar. Serebrennikov ofrece un prometedor camino para avanzar entre una visión *empirista* de los universales, que propende a negarlos en beneficio de sus manifestaciones particulares (estructuralismo de la inmanencia del sistema), y un *apriorismo* que tiende a eternizarlos, en beneficio de perspectivas que no son primariamente lingüísticas (chomskysmo) ⁴⁷.

El último concepto fundamental de la GT que falta por criticar directamente es el de «lenguaje» («natural», «lógico-matemático», etc.) que presupone. Definir un «lenguaje» como «cada subconjunto del monoide libre A^* de cadenas finitas de elementos pertenecientes a A » ⁴⁸ es hacer una reducción tan útil como peligrosa. El lenguaje es un fenómeno mucho más complejo de lo que supone el reduccionismo neopositivista, aunque en el campo de la Lingüística Materialista se ha olvidado también demasiadas veces que el lenguaje es un asunto de la Lingüística, la Lógica, la Ciencia Literaria, la Cibernética, etc. La reducción del lenguaje al «lenguaje natural» o, incluso, al «lenguaje usual» del estalinismo o al «lenguaje ideal» del chomskysmo es una reducción injustificable: no sólo distorsiona la realidad en beneficio de unos intereses de clase o de casta, sino que resulta un espejismo para la investigación. En concreto, con semejante reduccionismo no se entiende aquel gran principio de Marx: «El lenguaje es tan antiguo como la conciencia; el lenguaje *es* la conciencia práctica, existente también para otros hombres, real; y el lenguaje, como la conciencia, surge de la necesidad, de la exigencia de intercomunicación con otros hombres (...) La realidad inmediata del pensamiento es el lenguaje ⁴⁹». ¿Cómo compaginar la tesis de que el lenguaje es «la realidad inmediata del pensamiento» con el hecho de experiencia de que los pintores, los músicos, los que piensan «en voz baja» o los gramáticos que utilizan grafos y fórmulas parecen pensar *sin lenguaje*? Piaget, como de costumbre, proporciona buen material para la reflexión. Sus palabras parecen una refutación directa de la tesis de Marx: «Nos vemos, pues, inducidos a admitir que con anterioridad a las operaciones formuladas por el lenguaje existe una especie de lógica de las coordinaciones de acciones que implican, en especial, relaciones de orden y vinculaciones de ajustes (relaciones de parte a todo). Si por otra parte se distingue, en el seno de las representaciones y del pensamiento posteriores, un aspecto figurativo, ligado a la representación de los estados, no se puede impedir establecer una relación de filiación entre las operaciones, que atañen a la acción y a su interiorización, y la lógica de las coordinaciones de acciones; por ejemplo, la operación de adicionar dos números ($2 + 3 = 5$) procede de la acción de reunir objetos, y, si es necesario tasar esta reunión simbólica, ello es en la medida en que los términos 2, 3, 5, = y + son signo y no cosas, pero la adición que recae sobre estos signos es una reunión tan real, en cuanto reunión, como una adición que recae sobre objetos ⁵⁰». Sin embargo, no hay

⁴⁷ B. A. Serebrennikov, «O lingvisticheskij universalijaj», en *Voprosy Iazykoznanii*, 2, 1972. E. Albrecht, *op. cit.*, es quien me ha hecho reparar en este agudo artículo.

⁴⁸ M. Gross/A. Lentin, *Mathematische Linguistik*, Berlin, etc., 1971, p. 19 (edic. original: *Notions sur les Grammaires formelles*, Paris, 1967). Traduzco de la versión que me parece más recomendable.

⁴⁹ Marx/Engels, *op. cit.*, vol. 3, p. 432.

⁵⁰ J. Piaget, «El lenguaje y las operaciones intelectuales», en J. Piaget *et. al.*, *Introducción a la Psicolingüística*, Buenos Aires, 1969, pp. 57-81, 61 (edic. original: *Problèmes de Psycho-linguistique*, Paris, 1967).

verdadera contradicción con la tesis de Marx si consideramos que, no sólo el lenguaje literario o el de los telegramas podrían ser lenguajes para Marx, sino también aquellos otros de los grafos, las fórmulas, etc.; y, como lenguajes genuinos, son un producto del trabajo social, expresan ideas, son realidad inmediata del pensamiento, posibilitan la comunicación y la adquisición y desarrollo del saber, y así sucesivamente. La diferencia esencial entre el «lenguaje cotidiano» y el «artificial» es que este último está orientado a problemas específicos⁵¹. La suposición de que los «lenguajes artificiales» son meras abreviaturas, más o menos cómodas, pero sin un valor heurístico especial, es completamente incierta. Por vía de ejemplo, tomemos la fórmula de Euler: $e^{ix} = \cos x + i \sin x$. Dado $x = \pi$ (180°), resulta $e^{i\pi} = -1$. Ahora bien: π sólo es expresable verbalmente de forma imperfecta, y e no lo es en absoluto; pero definido como $e = \lim_{x \rightarrow \infty} (1 + \frac{1}{x})^x$, fue un hallazgo heurístico de primera magnitud para determinados campos de la Matemática.

Llegados aquí, creo oportuno resumir mi posición –aunque sea falsearla– sobre los formalismos algebraicos del chomskismo. Ante todo, hay que puntualizar que la crítica a la función ideológica que cumplen no puede suplantar una crítica científico-categorial y filosófica de esos formalismos tomados en sí mismos. De hecho, Chomsky, aunque no sea consciente de ello, ha aplicado uno de los capítulos más fecundos, desde el punto de vista lógico-dialéctico, de las Matemáticas: el álgebra de funciones. En este sentido, buena parte de las deficiencias de la GT derivan de una falta de consecuencia con el planteamiento dialéctico. Así, unas veces se confunde la gramática, y hasta la lengua, con un cálculo, y el cálculo con un juego formalista y caprichoso; otras veces, no se resiste la tentación de caer en la trivialidad de esos estructuralismos europeos que –sin llamarlo por su nombre– «descubren» el Mediterráneo de una Lógica de Clases reducido a una caricatura por demás simplista; nunca se parte, en toda la extensión de la palabra, del principio de que los signos lógico-matemáticos no son una especie de *esprit* de un tercer mundo, de abstracciones sin contenido, *inmateriales*: rectificando algo a Piaget, diríamos que los signos sí son «cosas», y que siempre tienen un «contenido», aunque pueda ser muy general.

He venido cargando las tintas más en los componentes negativos del chomskismo que en los positivos, más en lo que me distancia del poder lingüístico establecido que en lo que asumo de él. No necesito insistir en que no creo en *negaciones analíticas*, sino en *síntesis dialécticas*. Tan perniciosa es la credulidad nimia como la incredulidad proterva. La asimetría de la crítica se justifica porque las imponderables virtudes de la GT ya son suficientemente ponderadas por los mandarines de la Lingüística y por las cajas de resonancia sociales en que nacemos, crecemos y descansamos. Me interesa más esa dimensión pragmática de la lengua⁵² que el chomskismo sólo nos concede a regañadientes; más una mínima labor catártica que una máxima ofrenda con el incensario.

Con tal fin, voy a terminar con unas escuetas reflexiones sobre «una nueva lin-

⁵¹ Un libro muy interesante aquí –aunque, a mi juicio, concede demasiado a Chomsky y al neopositivismo, por muy vehementes que sean sus profesiones de fe dialéctico-materialistas– es R. Thiel, *Mathematik-Sprache-Dialektik*, Berlin (Ost), 1975.

⁵² En la perspectiva del Materialismo, pueden leerse los libros de G. Klaus. Al menos, *Semiotik und Erkenntnistheorie*, Berlin (Ost), 1963, y *Die Macht des Wortes*, Berlin (Ost), 1965. Más *mecanicista*, pero útil si se lee críticamente, es, v. gr., L. O. Reznikov, *Semiótica y Teoría del Conocimiento*, Madrid, 1970 (no he podido consultar el original ruso).

güística para una nueva sociedad». Si la alternativa al capitalismo es el socialismo, la alternativa a la Lingüística Idealista es la Lingüística Materialista⁵³. Sin un mundo plenamente socialista no es posible una Lingüística plenamente materialista; y la recíproca también es, en rigor, cierta. Construir una Lingüística verdadera no es, por tanto, sólo hacer una serie de *especulaciones teóricas para especialistas* (por ejemplo, para ser aplaudido o vituperado en un congreso), sino también, pongamos por caso, intervenir activamente en favor de las clases sociales y los pueblos lingüísticamente oprimidos. Toda Lingüística que esté al servicio de la clase dominante no puede ser fundamento de la nueva Lingüística, aunque sus componentes racionales han de ser integrados en ésta. Hay que partir, coherentemente, de una cosmovisión y de una metodología histórico-materialistas y dialécticas. Las tesis «clásicas» del Materialismo son, sin embargo, insuficientes, por lo que alcanzo honestamente a ver. Entre las más importantes, que deberíamos reelaborar e investigar empíricamente con más minuciosidad, figuran la tesis de que el lenguaje surge del desarrollo material de la sociedad y de las necesidades sociales, el principio de que el lenguaje es una fuerza productiva *sui generis*, la afirmación de que el lenguaje en una sociedad cosificada es cosificado y cosificador, la aseveración de que el lenguaje es la realidad inmediata del pensamiento, la tesis de que la mercancía y el dinero tienen propiedades comunes con el lenguaje, el principio de que la dimensión histórica y la dimensión crítica de la Lingüística son fundamentales, la afirmación de que la Ciencia debe estar conscientemente al servicio de la lucha de clases...

La nueva Lingüística a que estamos haciendo referencia se enfrenta también con otras tareas –en parte, de mayor alcance–. En primer lugar, hay que criticar este marasmo de opiniones, prejuicios, teorías parciales, etc. que constituyen la Lingüística actual. A continuación, debemos estudiar la dialéctica de lo universal y lo particular en sus innumerables manifestaciones lingüísticas (v. gr. en el tema de las lenguas «naturales» y «artificiales», en los «actos lingüísticos» y sus realizaciones en las distintas lenguas, o en la determinación socioeconómica y psicofísica del lenguaje y la propia dinámica interna de éste). Es perentorio dedicar especial atención a campos como la Sociolingüística, la Pragmalingüística, la Lingüística formalizada y automática, el análisis crítico del lenguaje de las ciencias, de la Religión, de la Filosofía, de la propaganda, etc. Otro asunto importante es normalizar la situación injusta o anárquica de las lenguas, o, para no hacerme demasiado prolijo, construir no sólo una *verdadera* Teoría del Lenguaje, sino una Teoría del Lenguaje *verdadera*.

Tal meta está aún muy lejana y será la culminación de un largo camino construido con el esfuerzo de las nuevas generaciones. Pero merece la pena intentarlo. A quienes lo impiden, digo con Hamlet: «Hay más cosas en los cielos y en la tierra de lo que vuestra sabiduría escolástica sueña.»

⁵³ La lista bibliográfica debería ser aquí muy abundante, a pesar de que la Lingüística Materialista debe considerarse aún en una fase embrionaria. Puesto a elegir, recomendaría, en primer lugar, una lectura lo más amplia posible de Marx, Engels, Lenin, etc. En el peor de los casos, debería estudiarse *El Capital*, *La Ideología alemana* y alguna otra obra clásica similar, junto con alguna otra como U. Erckenbercht, *Marx' Materialistische Sprachtheorie – Mit einem selektiven Sachregister zu den Marx-Engels-Werken*, Kronberg/Ts, 1973. Desde otro punto de vista –más «revisiónista», como suelen decir los dogmáticos–, me parece del mayor interés D. Wunderlich, «Thesen zur materialistischen Sprachforschung und-theorie», en *Papiere zur Linguistik*, 8, 1974, pp. 5-11, junto a muchos de los trabajos que se citan en las bibliografías de las obras a que hemos hecho referencia hasta aquí.